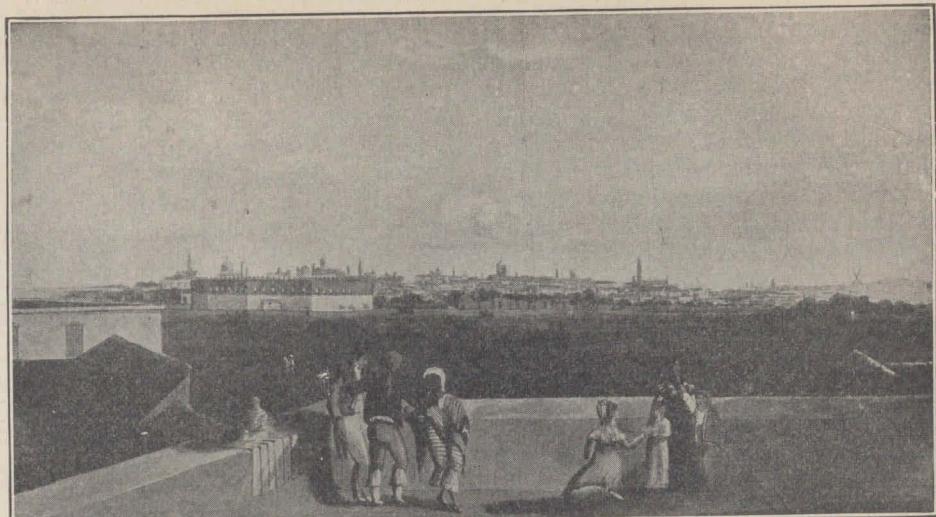


1. La plaza llamada antiguamente de la Victoria (hoy Plaza de Mayo), tal como era en 1834.
2. Puerto y ciudad de la Santísima Trinidad de Buenos Aires (1590).
3. Monumento erigido por la colonia francesa en homenaje a la Nación Argentina.
4. Estilo de la antigua edificación de lujo en Buenos Aires (1680).
5. La carabela San Cristóbal de la Buena Ventura.
6. Grupo de casas para obreros, adquiridas por éstos mediante el pago de pequeñas mensualidades.



La plaza de toros (1805), hoy Plaza del General San Martín. (El gran edificio con friso blanco, que se ve al fondo, hacia la izquierda, es la plaza de toros.)

BUENOS AIRES

(1580-1916)

CONCENTRADA por Irala la actividad de la Conquista en la ciudad de la Asunción, fué ésta centro político y militar de donde irradiaban los descubrimientos hacia los territorios del Este, que se extendían hasta los confines portugueses en el actual Brasil; hacia el Norte y el Oeste, ensanchando los conocimientos por la cuenca del Amazonas y en demanda del camino del Perú, y, en fin, hacia la parte austral del Continente.

Abandonando el gran puerto de la Conquista en el Río de la Plata, por la despoblación de Buenos Aires, pronto, sin embargo, se apercibieron los colonizadores de la Asunción de la suprema necesidad de bases en aquel río, llave de las comunicaciones con el reino de España y con el derrotero austral que, a través del Estrecho de Magallanes, conducía a las Molucas.

En 1578, el gobierno de la Asunción destacó al capitán Juan de Garay, teniente gobernador del Río de la Plata, ya famoso en las jornadas de los descubrimientos, conquista y colonización de la Tierra, para que fundara un pueblo en la banda septentrional del Plata, en

el lugar llamado San Salvador, sobre el río San Juan, cerca de la ciudad actual de la Colonia.

Dispuso también el gobierno de la Asunción la repoblación de Buenos Aires, que tuvo lugar en 1580. Fué su segundo fundador el mismo capitán (dicho también general) don Juan de Garay.

Éste construyó en la Asunción algunos buques, en los cuales embarcó setenta soldados, mil caballos, trescientas vacas y los armamentos, municiones y virtuallas necesarios para la empresa, todo a su costa y sin recibir ayuda alguna del gobierno español.

Garay no reconstruyó las ruinas dejadas sobre el Riachuelo en 1540, sino que estableció el fuerte y la casa de gobierno de la nueva ciudad en un paraje situado más al Norte, donde se encuentra actualmente la *Casa Rosada*, nombre popular del Palacio de Gobierno de la Nación Argentina, y frente a la cual desembocaba uno de los brazos del Riachuelo, que se dividía en el lugar de la fundación de Mendoza en dos, siguiendo el otro brazo hacia el Río de la Plata en la dirección más o menos Este directo, según se ve en el plano adjunto.

El Libro de la América Latina

El acta de fundación, por segunda y definitiva vez, de la ciudad de Buenos Aires, tiene la fecha de 11 de Junio de 1580, día de San Bernabé.

La noticia de la población definitiva de Buenos Aires fué celebrada en la Colonia, y se le atribuía tal importancia, que Garay había hecho construir en la Asunción una carabela de tres palos para que llevara la fausta nueva al Rey de España. Llamábase la carabela *San Cristóbal de la Buena Ventura*, y fué la

Francisco (donde hoy se halla), de Santo Domingo (hoy la Merced), el hospital de San Martín (después de la iglesia de La Merced), de Santa Úrsula y las Once Mil Vírgenes (donde hoy existe Santo Domingo).

Garay llamó a esta ciudad la *Puerta de la Tierra*, por su posición geográfica. Ella fué fundada siendo su Adelantado o gobernador general del Río de la Plata, Juan Torres de Vera y Aragón, actuando Garay como su teniente gobernador,



El desembarco en el puerto de Buenos Aires.—En aquella época (1800), el comercio marítimo estaba casi completamente monopolizado por buques de bandera inglesa.

primera nave construída en Sur América que cruzó el Océano hasta Europa.

Garay repartió las tierras situadas alrededor del fuerte entre sesenta y cuatro personas, según plano nominal rubricado en 1583.

Entre estos pobladores solamente once eran españoles, contando entre ellos a Garay y a los oficiales reales. Los demás eran *criollos*, es decir, oficiales, soldados, marineros y civiles nacidos en Buenos Aires, en la Asunción y en otras de las nacientes colonias.

La ciudad, según el citado plano, contenía: a) El Fuerte, (actual *Casa Rosada*); b) La Plaza (hoy llamada de la Victoria); c) los conventos de San

Capitán General, Justicia Mayor y Alguacil Mayor de todas las provincias del Río de la Plata y de sus afluentes los ríos Uruguay, Paraná y Paraguay.

Pronto comenzó a desarrollarse la edificación, y un siglo después era una ciudad en forma, en cuyos edificios predominaban, como materiales de construcción, la tierra, el ladrillo, las tejas y la paja. Llamaban la atención las tejas de madera, formadas por largos trozos huecos de un vegetal común en la comarca del delta del Paraná, que los indios llamaban *caranday* y los españoles *palmas*. Algunas de estas casas tenían corredores a la calle, y eran hasta de dos pisos. De trecho en trecho se



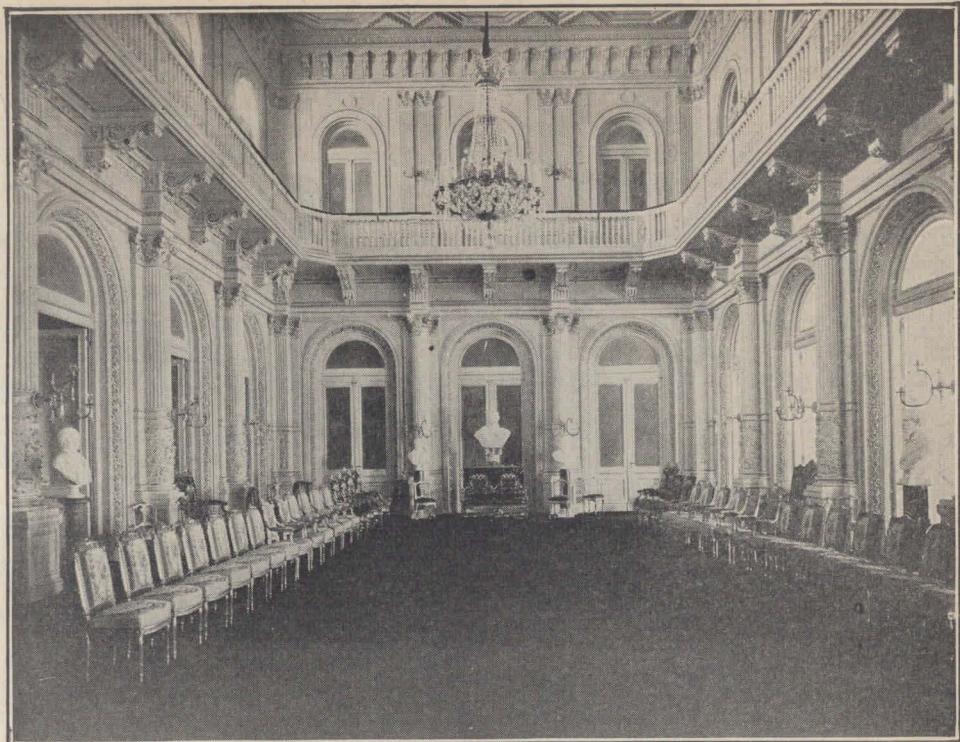
LA AVENIDA DE MAYO



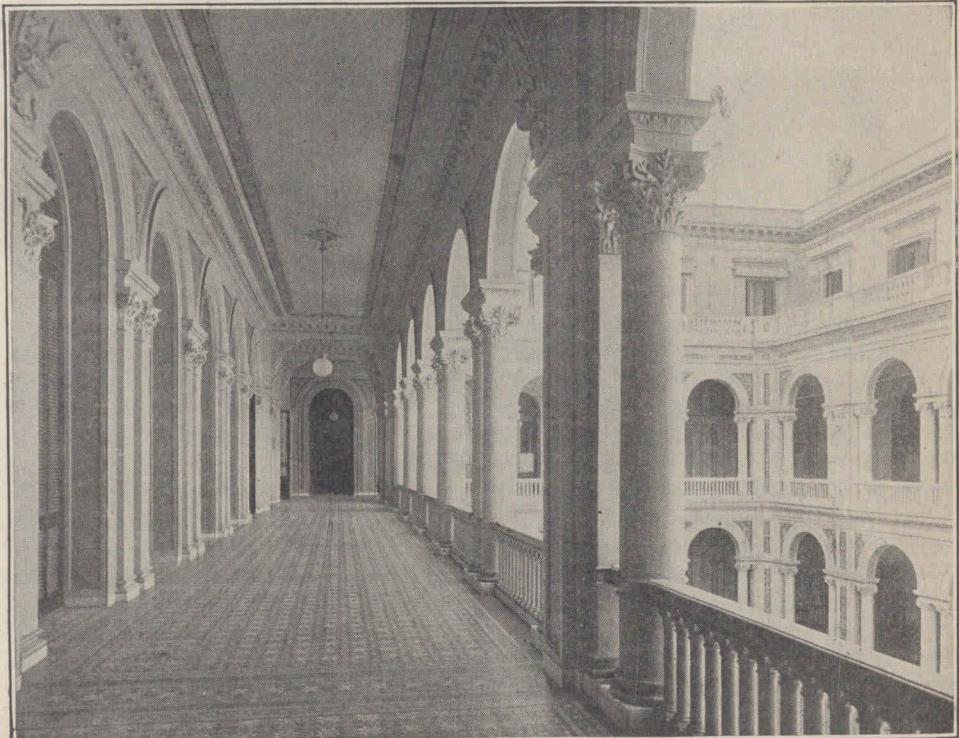
EDIFICIO DE LAS AGUAS CORRIENTES

520

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS



Salón de recepciones del Presidente de la Nación, decorado con los bustos en mármol de todos los Presidentes.



Palacio del Gobierno Federal en Buenos Aires—Galerías interiores.

El Libro de la América Latina

echaron las bases para los edificios de los conventos.

Aunque había prohibición de comercio con el extranjero, la Colonia, después de la fundación de Garay, empezó a adquirir desarrollo, debido a su posición geográfica de puerto maestro de las poblaciones del Río de la Plata y de los países subecuatoriales de Sur América, y a la fertilidad de sus tierras.

El contrabando europeo, principalmente inglés, por otra parte, empezó a

millas de distancia de la costa firme y practicar el desembarco en lanchas. A veces las barcas mismas quedaban varadas, a poco andar, en los días y horas de bajante del río, y entonces el desembarco se completaba en carros.

Al comenzar el siglo XIX, la ciudad de Buenos Aires empezaba a sentir los efectos de la riqueza y de la cultura, y se había formado un partido político, de nativos, contra los españoles, que dió por resultado la guerra de la Independencia.



El puerto de Buenos Aires en 1860.—Desembarque con río bajo, frente a la casa de la Prefectura Marítima, Paseo de Colón.

practicarse desde los primeros tiempos, y durante los siglos siguientes fué motivo de alarma para el gobierno de España. Los corsarios ingleses, desde los *lebreles del mar* (*sea dogs*), de la reina Isabel, infestaban las costas. Este comercio de contrabando impulsó el crecimiento de la pequeña ciudad, que en 1810 tenía alrededor de 45.000 habitantes, muchos de ellos esclavos, porque el comercio de negros de África tuvo también sus tiempos felices en aquella época de las rivalidades marítimas. El puerto de Buenos Aires era en realidad desabrigado, pues las naves de alto bordo no podían llegar hasta el Riachuelo. Los barcos de mayor calado tenían que anclar a varias

dencia (1810-1824), de que nos ocuparemos más adelante.

La ciudad no tenía, sin embargo, pavimento; estaba mal alumbrada, si bien se habían hecho edificaciones importantes, y algunas con carácter casi monumental, de estilo colonial. El progreso se desarrolló después de la Independencia, y de la guerra con el Brasil, que tuvo lugar en 1827 y 1828.

La paz y la riqueza naciente produjeron un bienestar extraordinario, una verdadera era de romanticismo y de alegría social, que se caracteriza bajo el nombre de «el año treinta».

Algunos viajeros europeos, como el célebre Alcides D'Orbigny, que visita-



La Plaza del General San Martín (1916), con la estatua ecuestre de este Libertador sudamericano. Al fondo del grabado, y a la derecha, se ve el hotel Plaza; a la izquierda, el Palacio del Museo de Bellas Artes, y al centro, la torre de la iglesia del Espíritu Santo.



La Plaza de Mayo, en 1916.—La Casa Rosada, o Palacio del Gobierno de la República Argentina, ocupa el lugar en que estuvo situado el Fuerte.

El Libro de la América Latina

ron la ciudad en esa época, escribieron sus impresiones encantados por la sociedad argentina, tan culta y distinguida, aunque reducida en número. Aquel viajero dice que creía a menudo encontrarse en el *faubourg* de la Chaussée d'Antin, de París.

Las mujeres, de singular belleza, vestían con un lujo especial, en estilo « Imperio » y con las telas más ricas que podían ofrecerles la Europa y el Oriente. Las importaban naves británicas y norteamericanas. Los peinados de las damas eran extraordinarios y originalísimos, sin igual en el mundo.

En aquella época, la mujer argentina usaba los famosos peinetones, obras primorosas y monumentales, de carey artísticamente labrado, exageración de las peinetas andaluzas, cuya mejor descripción está dada por los dibujos que ilustran este artículo.

En todos ellos se observará el pie diminuto de las mujeres argentinas, que era uno de sus motivos de orgullo y de la admiración de los extranjeros. Las de Buenos Aires eran generalmente llamadas en Sur América *punteñas*, aludiendo a su nacimiento en el gran puerto de Buenos Aires.

Esta época afortunada, que estimuló también el culto de las letras, de la poesía y de la música entre los argentinos, fué interrumpida en 1835 por el advenimiento de la dictadura de Rosas, que se prolongó hasta 1852.

Después del derrocamiento de la dictadura, la ciudad de Buenos Aires acaudilló un movimiento separatista de la nacionalidad argentina, constituyéndose cabeza de un estado independiente, que llevaba su mismo nombre: Estado de Buenos Aires. Estos sucesos originaron una guerra civil de diez años (1852-1862) entre el estado separatista de Buenos Aires y las trece provincias, que formaban el resto de la Confederación Argentina. La Independencia de la Nación había sido proclamada por el Congreso de Tucumán en 1816.

Las conquistas morales y políticas alcanzadas durante el primer período de la Independencia hasta 1830, fracasaron

durante las guerras civiles de 1835 a 1862, en que terminaron con la batalla de Pavón, librada por las tropas de Buenos Aires contra la Confederación. Pasó así la nueva República un luctuoso período de anarquía, de pobreza, de aislamiento y de dramas de sangre.

Vencidas las tropas de la Confederación en la batalla de Pavón (1862), Buenos Aires entra a formar parte de nuevo de la Unión Nacional, sobre la base de la Constitución sancionada por el Congreso constituyente de Santa Fe en 1853 y revisada por una convención del estado de Buenos Aires en 1860. Ese momento histórico marca un nuevo punto de partida para la prosperidad de la ciudad de Buenos Aires.

Comprometida la República en guerra contra el Paraguay, aliada al Brasil y al Uruguay en 1855, duró esta guerra hasta 1868, y las negociaciones diplomáticas para terminarla, hasta 1876, durante cuyo período la ciudad de Buenos Aires adquiere nuevo impulso, porque fué el centro de los movimientos de tropas y dinero exigidos por la guerra. El primer censo nacional, levantado en 1869, le dió 179.000 habitantes.

Como consecuencias de nuevas luchas políticas y de nuevas guerras civiles en 1880, quedó terminada la resistencia partidista del Estado de Buenos Aires contra las provincias. La ciudad de Buenos Aires fué separada de la provincia de su mismo nombre y convertida en capital federal de la República en 1880.

Esta fecha marca un extraordinario movimiento de transformación edilicia, política, moral, hospitalaria, comercial e industrial de la ciudad de Buenos Aires, y su población aumentó sucesivamente y de una manera prodigiosa, al punto de que en 1915 sumaba ya 1.600.000 habitantes; y es actualmente la segunda ciudad latina del mundo, contando como primera a París.

Sus pavimentos son admirables, su edificación es lujosa y confortable, sus edificios públicos empiezan a adquirir caracteres monumentales, y sus escuelas



LA PLAZA DEL CONGRESO, CON ÉSTE AL FONDO—BUENOS AIRES



EL TEATRO COLÓN

El Libro de la América Latina

son un ornato que enorgullece con razón a los argentinos.

Durante el período de 1810 a 1880, la ciudad de Buenos Aires fué a la vez capital de la provincia del mismo nombre y provisional de la Nación Argentina, habiendo sido desde 1775 hasta 1810 capital del histórico Virreinato del Río de la Plata.

Coexistían en ella, durante la segunda época, dos gobiernos: el de la Nación y el Provincial, y a menudo surgían cuestiones de etiqueta y de protocolo sobre la posición del presidente de la

Aires con sus alrededores, y erigida así en capital de la Nación Argentina, el Congreso federal votó leyes que, aplicadas generosamente por el Poder Ejecutivo, trasformaron la ciudad en todos sentidos.

Hoy es una de las más bellas ciudades del mundo, y la más importante de la América del Sur, sólo aventajada por Río de Janeiro en cuanto al espectáculo de su Naturaleza.

Los extranjeros que llegan al puerto de Buenos Aires por la primera vez, sienten una impresión gratísima, no



LAS DAMAS PORTEÑAS, HACIA EL AÑO DE 1830

República y del gobernador de Buenos Aires en las fiestas de la ciudad.

En esta situación provisional, la ciudad de Buenos Aires progresó de una manera lenta e incompleta.

La Nación no podía gastar sus tesoros en ella, porque no era sino una huéspeda de su recinto; y los gobernadores de Buenos Aires, que ejercían jurisdicción en ella de derecho propio, tampoco fueron acertados en su administración.

Las municipalidades dejaban mucho que desear: la doble capital estaba mal alumbrada, y pésimamente pavimentada; sus hospitales, poco numerosos, eran verdaderos focos de infección, y carecía de monumentos y de edificación elegante y valiosa.

Federalizada la ciudad de Buenos

sólo por las comodidades del desembarco y los tratamientos aduaneros, sino también por la sensación de limpieza, de orden, de bienestar público y de disciplina que revelan las construcciones, los servicios portuarios, el aspecto general del barrio marítimo y de toda la ciudad.

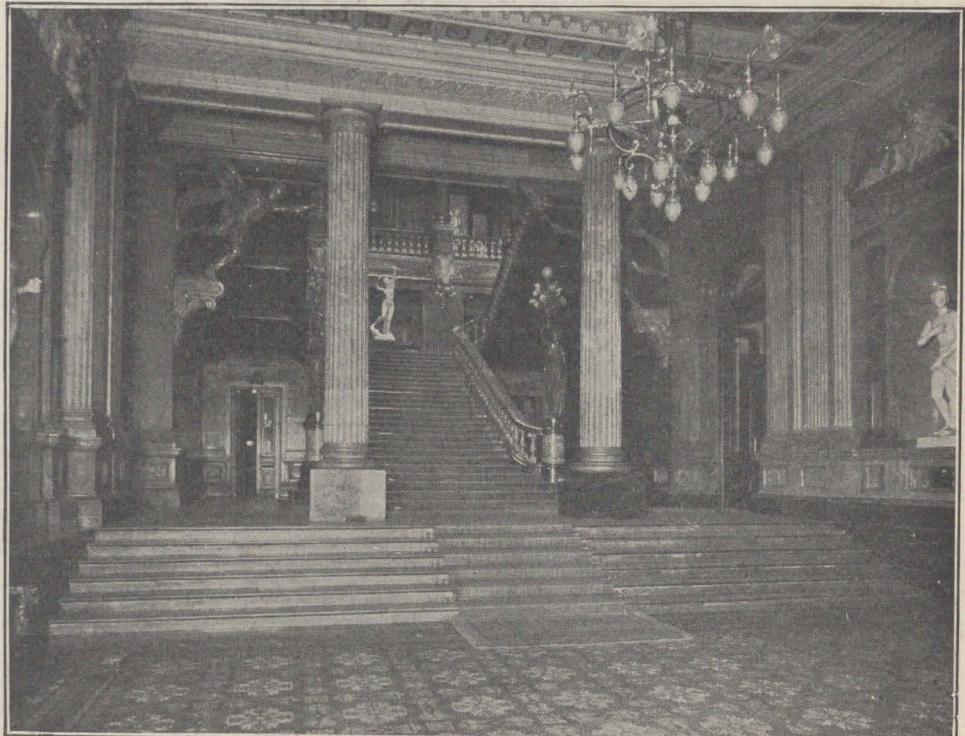
Numerosos son sus monumentos públicos, de que dan idea algunos de nuestros grabados, y en todas partes se recibe una sensación de comodidad y riqueza.

Las mujeres visten con uniformidad tal vez excesivamente lujosa, a tal punto, que el viajero apenas distingue la familia del capitalista, de la del empleado.

Los obreros y sus familias visten como la burguesía europea, especialmente las



Jockey Club: Sala de juegos sociales del Palacio de Buenos Aires.



Jockey Club: Escalera de honor del Palacio de Buenos Aires.—En el primer descanso, el precioso mármol «Diana», del ilustre artista francés Falguière.



El Libro de la América Latina

mujeres, que usan trajes y adornos desconocidos para el obrero de Europa, revelando su bienestar y relativa abundancia.

Buenos Aires tiene espectáculos propios, sin rival en el mundo. Tales son, por ejemplo, las carreras, y las temporadas líricas del teatro Colón, el cual, según la opinión universal, constituye una sala de elegancia y de belleza insuperables. A ella vienen los primeros artistas del mundo, que alternan generalmente entre los teatros de Nueva York y Buenos Aires.

Las carreras en el hipódromo del Jockey Club son otro de los puntos distintivos de esta ciudad. El palacio del Jockey Club y el hipódromo de Palermo forman notas características de elegancia y de magnificencia no superadas en ninguna otra capital.

Es también digno de mención el palacio y la organización de los servicios del diario «La Prensa», que todos los viajeros visitan admirados. El primer periódico, «El Telégrafo», fué fundado en Buenos Aires en 1801. Damos el facsímile de su primera página.

Una de las cuestiones que ha contribuido más al desarrollo de la edificación de esta ciudad, cuya superficie es mayor que la de Londres, es la venta de propiedades por mensualidades. De esta suerte, los obreros se hacen propietarios pagando sus hogares con pequeños ahorros de su salario.

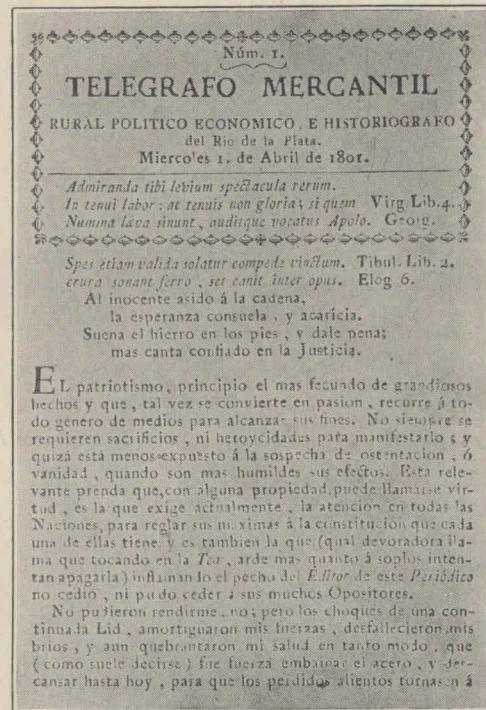
De cuatrocientos mil obreros (nú-

mero en que se calcula los que trabajan en esta ciudad), por lo menos trescientos mil son propietarios, dentro de ella o en sus inmediaciones, en diez leguas a la redonda, por el sistema de pago por mensualidades.

Es este un seguro social y de orden público, pues ha impedido el desarrollo de los partidos anarquista y socialista, los cuales no tienen en la República sino una representación muy limitada. Dicha forma de venta es una institución moralizadora y creadora.

Los obreros gozan de un gran bienestar y de abundancia. Los salarios argentinos son tal vez los más altos del mundo, y aquéllos viven preocupados de la adquisición y desarrollo de sus propiedades. Éstas les permiten transformarse pronto en pequeños capitalistas y abandonar los talleres.

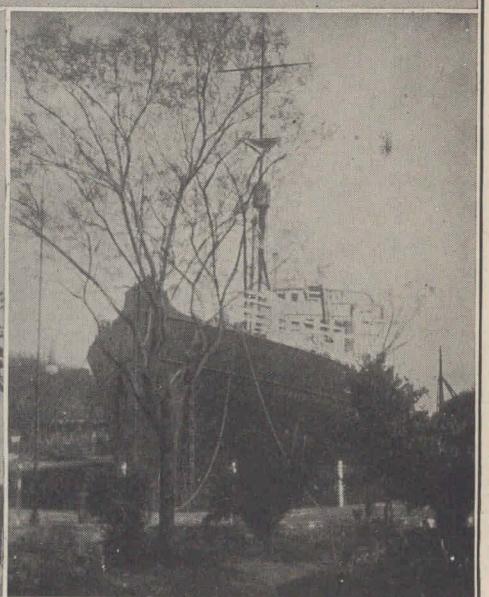
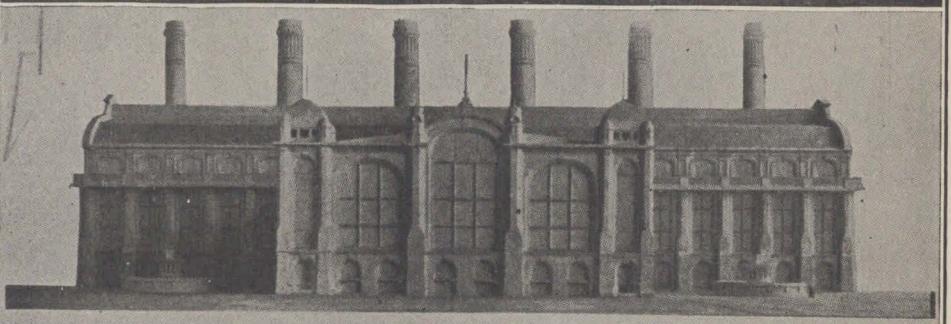
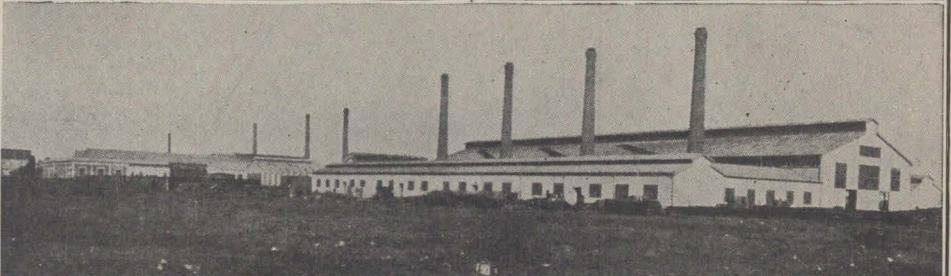
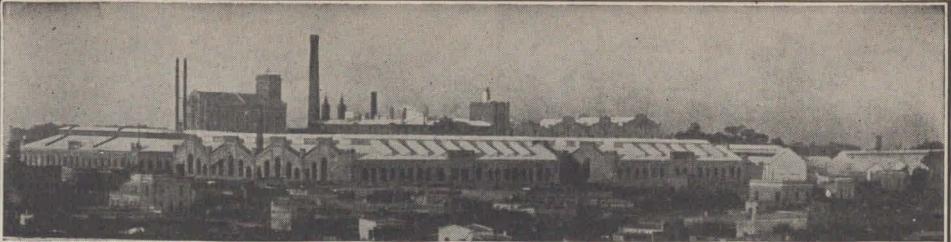
Si durante los pasados años han tomado parte en huelgas, fué simplemente por el temor



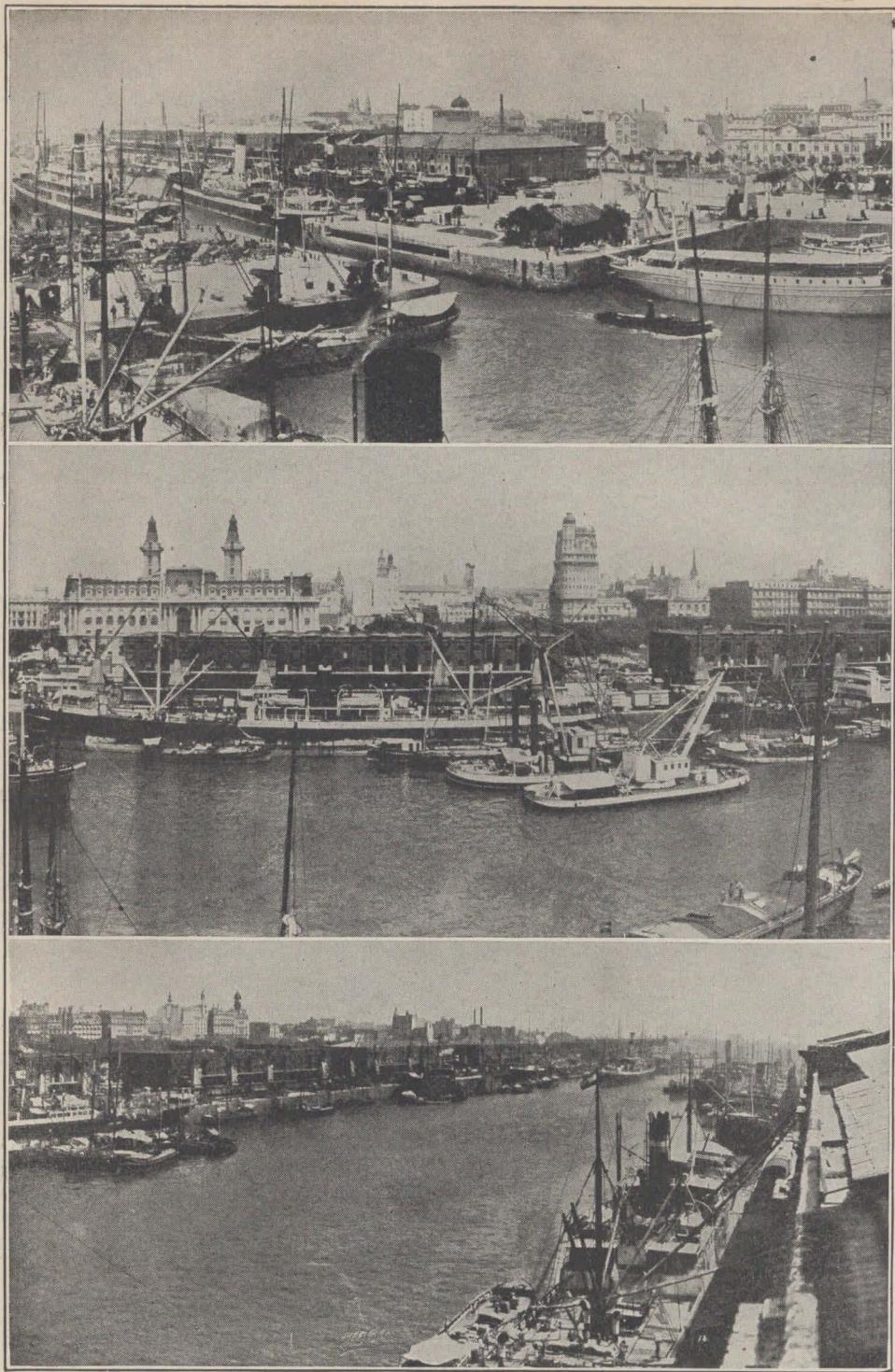
Facsímile de la primera página de «El Telégrafo», primer periódico que se publicó en la ciudad de Buenos Aires, y el cual fué fundado en 1801.

a los exaltados que amenazaban su vida; pero el espíritu público de estos obreros propietarios, con hogar y con familias felices, es contrario a todas las agitaciones de huelga y a los partidos extremos.

La ciudad de Buenos Aires tiene el múltiple carácter de capital social, política, económica, manufacturera e internacional de la República Argentina y del Hemisferio Austral, y como un París del Nuevo Mundo, es ya el centro de atracción a donde convergen los americanos, de otros países, y levantan en ella suntuosas residencias.



1. Vista general de la cervecería « Quilmes », situada en las cercanías de Buenos Aires. 2. Las cristalerías Rigolleau, 3. Usina del Dock Sud, la más poderosa de Sud América: Compañía Trasatlántica Alemana de Electricidad. 4. Estatua de Juan de Garay, en la esquina de la calle de Rivadavia y el Paseo de Julio, inaugurada en Buenos Aires el 11 de Junio de 1915. 5. Gran Dique de Carena: El hermoso trasatlántico « Infanta Isabel de Borbón », en el dique seco, entre follaje y flores.

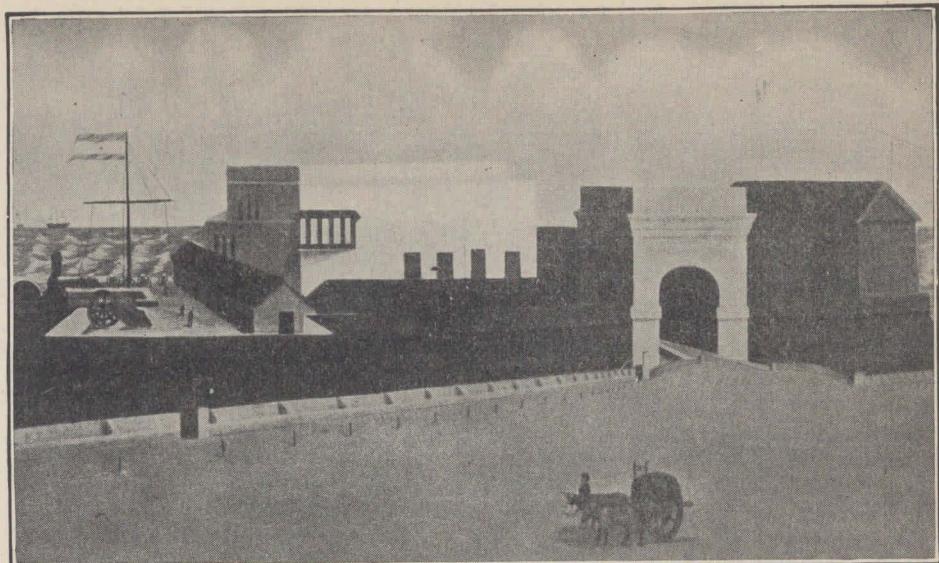


EL PUERTO DE BUENOS AIRES EN 1916.

EL ANTIGUO CONVENTO DE SANTO DOMINGO



En este convento se guarecieron los ingleses, en 1807, después de haber sido diezmados por las tropas defensoras de Buenos Aires. Permanecieron en él hasta que, siéndoles imposible resistir por más tiempo, tuvieron que rendirse.



«El Fuerte», o palacio de los Virreyes y de los Presidentes argentinos, en cuyo emplazamiento ha sido edificada la actual «Casa Rosada». Este fuerte fué conquistado y perdido por los ingleses en 1806 y 1807.

REPÚBLICA ARGENTINA LAS INVASIONES INGLESES (1806-1807)

Al finalizar el siglo XVIII, Inglaterra había definido su política en un sentido absolutamente comercial y entraba al siglo XIX con el programa de asegurar el dominio de los mares y, por consiguiente, de prevalecer en todos los mercados extraeuropeos.

Apenas comenzado dicho siglo, realizó tres grandes acontecimientos que aseguraban sus planes de dominación comercial y oceánica mundial, dos de ellos felices y uno desventurado.

Fueron los acontecimientos felices el colosal triunfo marítimo obtenido en Trafalgar contra las escuadras combinadas de Francia y de España, y la conquista del Cabo de Buena Esperanza, realizada contra los holandeses por la expedición naval y militar a las órdenes del almirante Popham y del general Baird.

La victoria de Trafalgar tuvo lugar en 1805, y la conquista del Cabo en 1806.

El tercer acontecimiento, una ruidosa derrota de las armas británicas, fué su expedición a la conquista del Río de la

Plata, que se conoce en la historia de la República Argentina bajo el nombre de *Las invasiones inglesas*.

En efecto, cuando las tropas británicas ocuparon el Cabo de Buena Esperanza, encontraron allí a un bergantín negrero llamado *Elizabeth*, que enarbolaba el pabellón de los Estados Unidos de América y tenía por comandante a Thomas Wayne. Éste informó a los comandantes de la ocupación inglesa del Cabo, que el Río de la Plata era una región privilegiada y rica, con colonias españolas que la metrópoli tenía casi abandonadas, indefensas y muy mal gobernadas.

Ya al finalizar el siglo XVII, un médico inglés, Mr. Falkner, que había llegado a Buenos Aires en otro buque negrero y que había sido abandonado por su comandante, se hizo jesuita, obligado por la necesidad.

Este sacerdote recorrió las regiones del Plata, desde el estrecho de Magallanes hasta Bolivia y desde los Andes hasta las selvas misioneras, escribiendo luego una obra, que goza de reputación,

El Libro de la América Latina

en la cual llama la atención del gobierno británico y de su país sobre las ventajas de asegurarse el comercio del Río de la Plata.

Los informes del negrero americano Wayne fueron transmitidos a Inglaterra, y las viejas ideas de apoderarse de las colonias de España en el Río de la Plata inspiraron una nueva expedición.

El almirante Popham y los generales del ejército de ocupación del Cabo de Buena Esperanza recibieron orden de sorprender las capitales hispano-americanas de Buenos Aires y de Montevideo, apoderándose de los dos países o grandes y ricas colonias.

En consecuencia, en Junio de 1806 apareció en la costa del Río de la Plata una formidable escuadra inglesa de combate, con varios navíos que montaban sesenta y cuatro cañones cada uno, numerosos transportes, y una marinería y un cuerpo de ejército de desembarco, que sumaban, más o menos, cinco mil hombres.

Venía como jefe de la expedición el almirante Sir Home Popham, el conquistador del Cabo, y como comandante en jefe del ejército de desembarco el general William Carr Beresford.

Llegada la escuadra a Maldonado, se celebró un consejo de guerra para decidir si tomarían primero a Montevideo o a Buenos Aires, y se resolvió la ocupación de Buenos Aires en primer término.

Por ello, pues, la expedición inglesa se dirigió a la Ensenada de Barragán, situada a diez leguas más o menos al sur de Buenos Aires, y corriéndose de allí hacia el norte, dió fondo un poco al sur de la ciudad, frente a la hermosa población de Quilmes, situada sobre el

Río de la Plata y donde viven hoy, ricos y felices, numerosos ingleses y extranjeros entre una gran población argentina.

Puede calcularse la sorpresa que la presencia de esos buques causaría en Buenos Aires, capital del Gran Virreinato del Río de la Plata creado en 1775, y donde residía el virrey Rafael de Sobremonte.

La ciudad estaba indefensa, pues las tropas de la guarnición organizadas y armadas no excedían de mil quinientos hombres, y aun sus armamentos y municiones eran malos y escasos.

El castillo de San Miguel o antiguo fuerte español, convertido en casa de gobierno de los virreyes, era una fortaleza sin valor, a la que llamaban *El Fuerte!* . . .

Por otra parte, el pueblo estaba también desarmado, con relación a la importancia del ataque.

Reinó el pánico desde el primer momento, y los ingleses encontraron una presa tan fácil como

la que un siglo más tarde hallaron en Filipinas los norteamericanos al atacar a los españoles.

La falta tradicional de administración, de disciplina y de orden en el gobierno español, que, por otra parte, se encontraba en la situación desgraciada en que lo habían colocado las tropas de Napoleón, fué la causa de este estado desastroso de sus colonias de América.

El 25 de Junio desembarcó una columna inglesa en Quilmes, causando el asombro del vecindario los uniformes rojos de la infantería.

Algunos gauchos armados le hicieron leve oposición; pero fueron fácilmente dispersados, y una columna de mil



EL GENERAL INGLÉS WILLIAM CARR BERESFORD



Santiago Liniers

DON SANTIAGO LINIERS

El Libro de la América Latina

seiscientos hombres ocupó la ciudad el 1.^o de Julio, después de tiroteos y combates sin importancia.

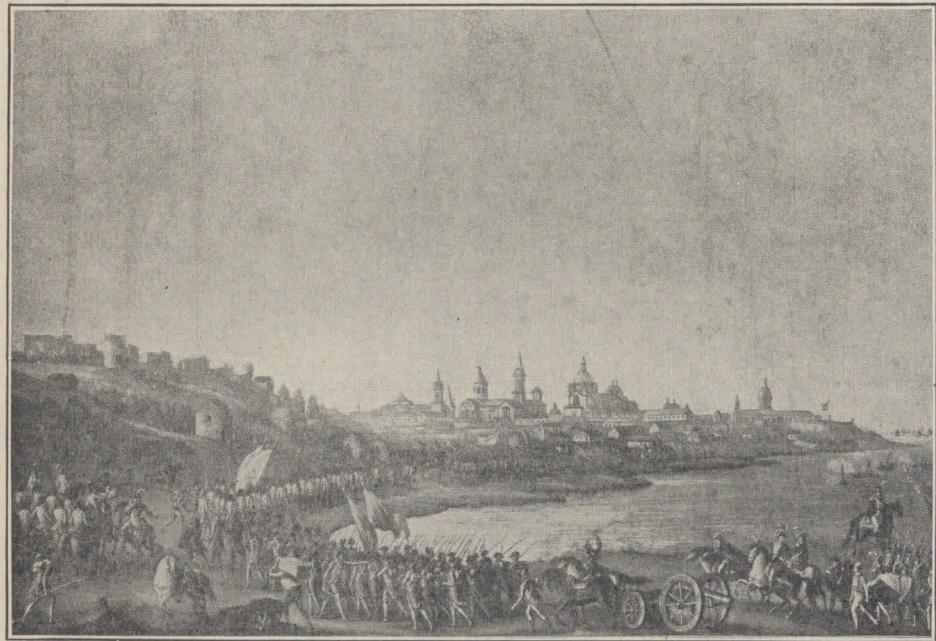
Buenos Aires era una capital de 45.000 habitantes; pero pudo ser dominada por un puñado de ingleses disciplinados, a consecuencia del desorden reinante. Dos o tres cuerpos de tropas regulares abandonaron la ciudad o se rindieron sin combatir, por orden del virrey Sobremonte.

Este se retiró con el gobierno hasta la

Estas advertencias fueron desoídas, y el virrey quedó abandonado a la impotencia; tal fué la única y exclusiva causa de la derrota de 1806.

Los dispersos de Buenos Aires y de la colonia de Montevideo empezaron a reunirse y lograron formar un cuerpo de ejército de mil trecientos a mil cuatrocientos hombres de primer orden, en la Banda Oriental del Río, en el lugar llamado la Colonia.

Se colocó al frente de estas tropas un



LOS INGLESES ATACANDO A BUENOS AIRES

ciudad de Córdoba, en el interior del país. La opinión pública y el gobierno español lo juzgaron con extraordinaria severidad, haciéndolo responsable del desastre y tachándolo de cobarde. ¡Así sucede siempre a los subalternos de los malos gobiernos, cuando son vencidos sin su culpa!

El virrey Sobremonte, sin embargo, era un valeroso oficial europeo, y durante mucho tiempo estuvo avisando al gobierno español que no tenía armas, ni municiones, ni tropas, ni obras de fortificación y de defensa, y que estaba constantemente amenazado por los corsarios franceses, y de los ingleses.

valeroso e inteligente oficial francés al servicio de España, don Santiago Liniers.

Este jefe se trasladó a Buenos Aires audazmente con aquella expedición, en el mes de Agosto, desembarcando en el norte de la ciudad por el lugar llamado hoy San Fernando, donde aumentó su reducido ejército. A fines de Junio y primera semana de Julio atacó la ciudad valerosamente.

El vecindario se alzó con sus armas caseras, empleando agua caliente, jabón hirviendo y otros recursos, para ayudar a la reconquista de la ciudad.

Los ingleses fueron absolutamente ba-



MARINEROS
6 Comp^d de a 60 hombres



ARTILLEROS DE LA CIUDAD
7 Comp^d de a 60 hombres



CAZADORES CORRENTINOS
1 Comp^d de 85 hombres



HUSARES DE PUEYRREDON
4 Comp^d de a 51 hombres



NATURALES
4 Comp^d de a 60 hombres



MORENOS
8 Comp^d de a 60 hombres



PARDOES
9 Comp^d de a 60 hombres



PATRICIOS
23 Comp^d de a 50 hombres



MINONES
8 Comp^d de a 65 hombres



GRANADEROS DE TERRADA
1 Comp^d de 110 hombres



VIZCAYNOS
8 Comp^d de a 60 hombres



GALLEGOS
9 Comp^d de a 60 hombres



ARRIVENOS
9 Comp^d de a 60 hombres



ANDALUZES
8 Comp^d de a 55 hombres



MONTANEZES
4 Comp^d de a 50 hombres

En estos grabados puede verse cómo estaban uniformadas y armadas las valientes tropas que, al mando de don Santiago Liniers, combatieron contra los ingleses, derrotándolos.

El Libro de la América Latina

tidos, y el 6 de Julio el general Beresford firmaba la capitulación de su ejército y la evacuación de la ciudad y del Río de la Plata.

El general Liniers se mostró caballeresco y humano con los vencidos, devolviendo la espada al general inglés y permitiendo a sus tropas que salieran con los honores de la guerra.

Este triunfo ruidoso fué celebrado en América y en Europa, y don Santiago Liniers elevado a la jerarquía de Virrey del Río de la Plata, en justa compensación a su talento militar, a su valor y a su fidelidad al rey.

Los ingleses intentaron en 1807 tomar la revancha, y organizaron una expedición con tropas combinadas de Europa y del Cabo de Buena Esperanza, a las órdenes del general John Whitelock, que recibió el título de gobernador y comandante en jefe de las fuerzas británicas de la América del Sur.

La expedición de este general se organizó en el Estado Oriental, a donde había llegado una poderosa escuadra británica y unos sesenta transportes para conducir los ejércitos expedicionarios a Buenos Aires.

Partieron del Estado Oriental para la Ensenada, en efecto, y desembarcaron allí el 28 de Junio alrededor de ocho mil soldados, quedando guarneida la ciudad de Montevideo, Maldonado y otros lugares de la otra Banda del Río.

La defensa de Buenos Aires estaba ya organizada, y enardecido su pueblo por el triunfo de 1806, de manera que apenas se movió hacia Buenos Aires el ejército invasor, fué hostilizado sucesivamente, y de acuerdo con las reglas del arte militar, en todo el camino, por la vanguardia del general Liniers, que tenía a sus órdenes siete mil soldados de primer orden.

Los ingleses avanzaron, sin embargo, ante el repliegue de esa vanguardia, que se retiraba estratégicamente para atraer el enemigo al combate dentro de las calles de la ciudad.

Llegados los ingleses al Riachuelo, actual de Barracas, lo pasaron, siempre bajo el fuego de los defensores de la ciu-

dad, y se corrieron al Oeste, ocupando una posición que corresponde más o menos a la actual plaza del Once de Septiembre o Bartolomé Mitre, donde está la gran estación del Ferrocarril del Oeste de Buenos Aires, y desde la calle de México, por el Sur, hasta la de Juncal, por el Norte.

Así, el ejército inglés, dividido en varias columnas a lo largo de las calles de México, Venezuela, Belgrano, Moreno, Alsina, Victoria, Rivadavia, Cangallo, Corrientes, General Lavalle, Tucumán, General Viamonte, Paraguay, Charcas y Juncal, atacó al ejército defensor de la ciudad, que ocupaba la orilla del Río de la Plata, acantonado en el antiguo fuerte o castillo de San Miguel y en los edificios principales del centro de la ciudad.

Las calles mencionadas son las que actualmente existen con dichos nombres.

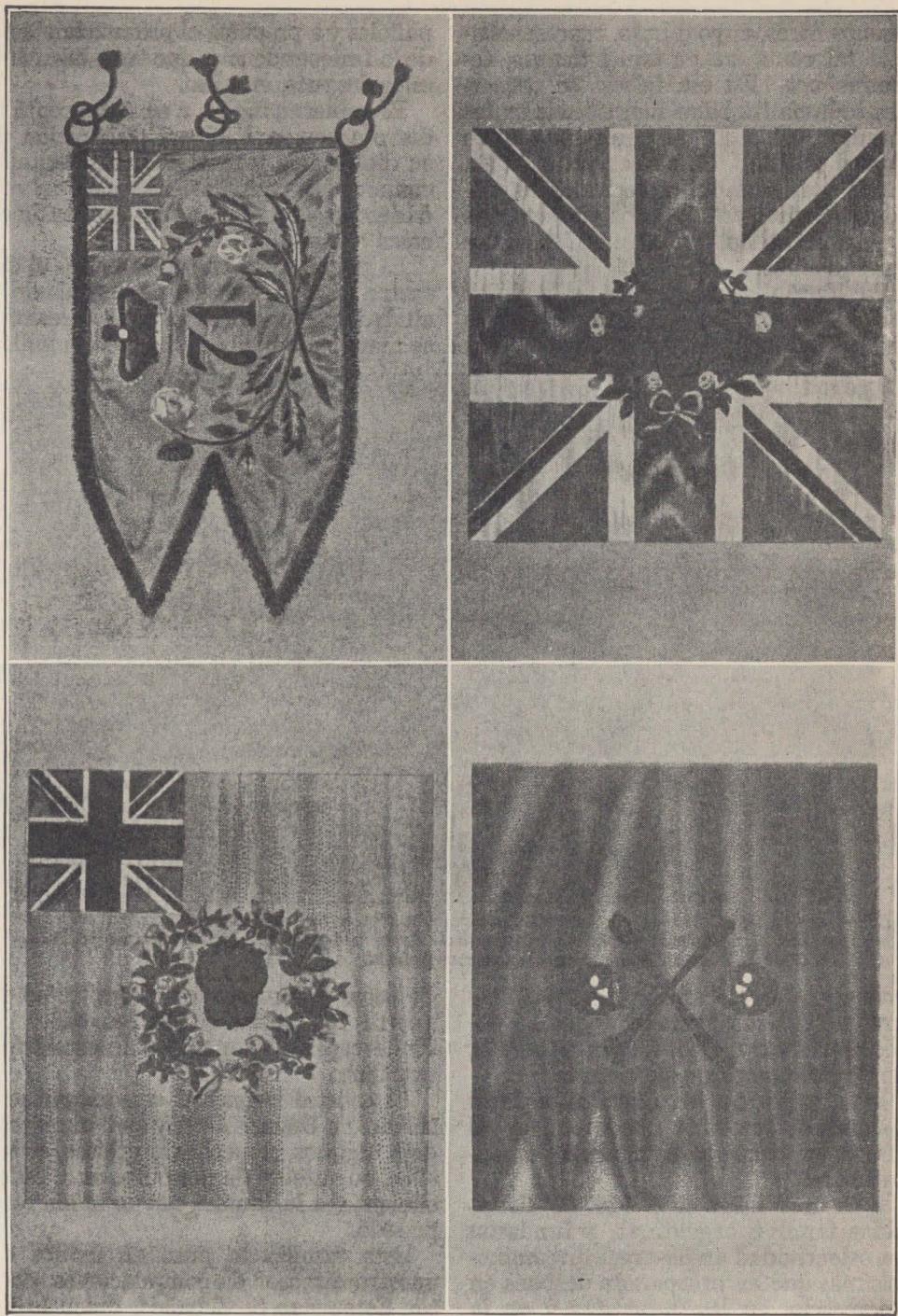
Los ingleses debían dominar los cuartelos del Retiro, situados donde está hoy el Pabellón Argentino, en la Plaza General San Martín, y desde allí correr una línea de fuego hasta *El Fuerte*, donde existe actualmente la Casa Rosada, o palacio de gobierno de la Nación, y a los conventos inmediatos.

La marcha de las tropas invasoras a través de las calles de la ciudad fué difícilísima, pues tenían que sufrir el fuego de los defensores de cada casa, parapetados en las azoteas, y el ataque valiente y apasionado de toda la población, que combatía con armas caseras, arrojándoles agua caliente, jabón hirviendo, ladrillos y toda clase de objetos susceptibles de golpear o de dañar.

Así llegaron los ingleses, diezmados, cansados y hostilizados, a combatir en sus posiciones al ejército defensor, sobre la orilla del Río de la Plata, siendo sucesivamente derrotados en todas partes.

Los últimos restos del ejército inglés se guarecieron en el convento de Santo Domingo, donde fueron acribillados a balazos por los cañones del Fuerte, por la artillería ligera de las tropas vencedoras y, al fin, atacados a la bayoneta y hechos prisioneros.

El ejército inglés capituló en la mencionada iglesia de Santo Domingo, de



BANDERAS DE LOS REGIMIENTOS INGLESES PRISIONEROS (1807)

El Libro de la América Latina

Buenos Aires, cuyo dibujo, representándola tal como era en aquel tiempo, reproducimos. En esa iglesia se conservan todavía las balas incrustadas en las paredes, como un recuerdo patriótico para el pueblo. Se conservan también varias banderas de los regimientos prisioneros, que van a ver los viajeros que visitan la ciudad, y cuatro de las cuales reproducimos.

La República Argentina es la única nación que en vísperas de emanciparse de España, ha obtenido un triunfo tan

pañoles y a preparar el pronunciamiento de la Independencia, que tuvo lugar tres años después, en 1810.

El gobierno inglés, a su vez, aceptó la derrota con la habitual resignación de su diplomacia y resolvió sacar ventajas comerciales, constituyéndose en un verdadero protector de la independencia de estas colonias.

El pueblo de Londres lamentó el desastre, porque, después de la toma de la ciudad en 1806 por el general Beresford, se mandó a aquella metrópoli un millón



En la invasión inglesa de 1807, parte del ejército invasor se situó en los terrenos ocupados actualmente por la plaza Once de Septiembre o Bartolomé Mitre, hacia donde está la gran estación terminal del Ferrocarril del Oeste de Buenos Aires, representada en este grabado.

decisivo sobre las ambiciones colonizadoras de la Gran Bretaña, y que ha podido conservar trofeos de tan alto valor como testimonios de su victoria.

Gran parte de los oficiales ingleses prisioneros resolvió quedarse en el país, cuyo clima y naturaleza les encantaban.

Se casaron luego en el seno de distinguidas familias argentinas, y fundaron una colectividad anglo-argentina numerosísima, que ha prosperado después en el comercio, en las industrias y en la política, hasta hoy.

Esos oficiales contribuyeron a excitar el espíritu de los criollos contra los es-

de pesos en oro sellado, cuyo trofeo de guerra fué paseado por las calles de dicha capital en medio del entusiasmo popular.

El general Beresford, que estuvo prisionero en Buenos Aires y en Catamarca, dejó algunos recuerdos preciosos, entre ellos, un anteojos de campaña, en agradecimiento, a la familia que lo había hospedado.

Esta familia lo puso en manos de nuestro director de compilaciones, doctor Estanislao S. Zeballos, quien lo ha regalado al Museo Histórico Argentino, donde es admirado.

Durante el siglo XIX el gobierno

República Argentina

inglés fué respetuoso para la República Argentina, y los capitales de muchos súbditos británicos han contribuído a la gran transformación económica y social del país.

El valor de esos capitales excede probablemente de quinientos millones de libras esterlinas; y, de esta suerte, los ingleses resultaron conquistados por los argentinos.



LA IGLESIA DE SANTO DOMINGO, EN LA ACTUALIDAD

Las señales que se ven en la torre de la izquierda, fueron producidas por balas de cañón, durante la lucha con los invasores ingleses, en el año de 1807.